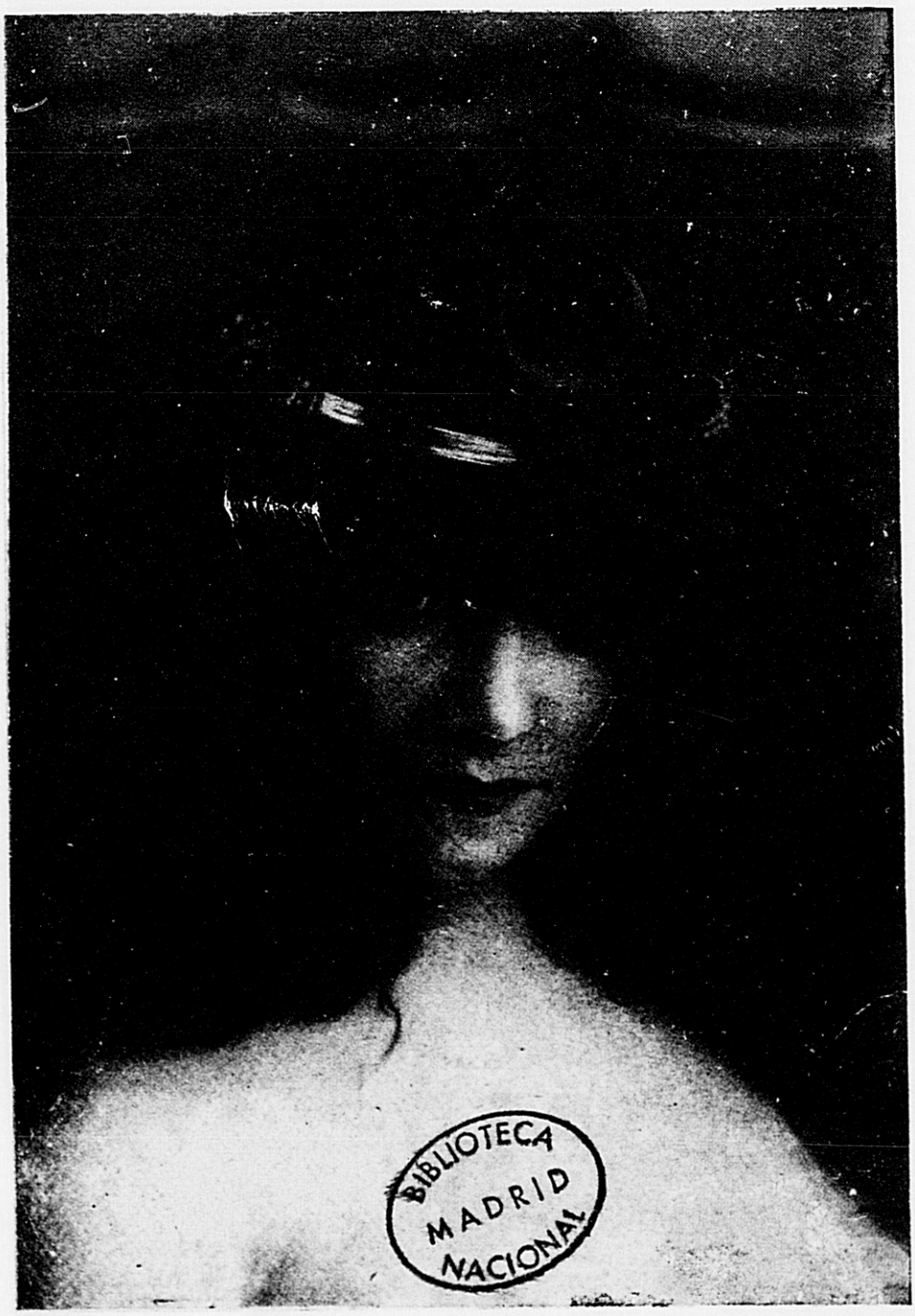
1

P. PICA Y PECA

# COSAS QUE I

230819




COLECCIÓN INOCENTE

20 CTS.

1
230819

47 | 143846

BIBLIOTECA MADRID

# COSAS QUE PASAN

## CAPITULO I

### TAMBIÉN LA GENTE DEL PUEBLO...

Nuestro amigo Valentín es demasiado bonito para ser hombre, según asegura una señora, que por lo visto está chiflada por sus pedazos y dispuesta a hacer por él la mayor tontería imaginable, y eso que las ha hecho muy gordas en su vida.

Esta «hermosura» de Valentín le ha proporcionado más de un disgusto: algunos enamorados de las bellezas masculinas, esos que solemos llamar invertidos o estetas, aunque en la intimidad les demos otro nombre más gráfico y vulgar, se han acercado a él tanteando el terreno y haciéndole proposiciones ofensivas para el que se tiene por macho y de los más tiesos en determinadas ocasiones.

En cambio, ha obtenido grandes triunfos entre el sexo débil. ¡Quién fuera Valentín! Las mata con esa caída de ojos que las atonta y las enloquece.

—Pero, ¿qué las das, para tenerlas así?—le preguntamos, admirados, los amigos.

—Mucho gusto.

—Ya lo suponemos; pero, ¿de qué medios te vales?

—De la lengua.

—¡Cómo!

R.3189542

—De la lengua, sí. A la mujer se la conquista con la labia ; dándola mucho palique.

—¡ Acabáramos !

—Pues, ¿ qué os habíais figurado ?

—¡ Chico, como de gustos no hay nada escrito... !

Valentín, como buen tenorio, frecuenta mucho los cines, lugares los más a propósito para las conquistas amorosas, según ha demostrado una larga y contundente experiencia. Ahora, que a veces se sufren algunas decepciones, porque a causa de la obscuridad reinante se suele agarrar uno a cada cosa...

Hace poco se hallaba Valentín en uno de los cines más afamados para los menesteres del amor, en todas sus aplicaciones y variedades, usos y abusos... honestos.

En la sala penetró luego una numerosa familia, que hizo irrupción junto al conquistador : a su lado se sentó una mujer joven, a juzgar por el timbre de la voz y a continuación sus acompañantes. La cinta continuaba desarrollando las escenas del *film* que se proyectaba en el blanco lienzo del escenario, y Valentín esperaba impaciente que terminase la proyección para examinar a su vecina.

Se hizo la luz. La muchacha era apetitosa : apenas contaría diez y ocho años, pero estaban bien empleados : la pechera, o sea el sitio donde suelen agarrarse los chiquitines para alimentarse cuando se valen de la leche materna, esa leche que no han podido igualar hasta ahora los químicos más afamados, era alarmante por su bulto y redondez ; aquella mujer, cuando se hallase en condiciones podría nutrir a toda una



inclusa. Allí parecía que podía haber leche en abundancia.

Su cara, picaresca y risueña, predisponía a su favor y al ensueño : era una verdadera tentación, una mujer del pueblo, una obrerilla que merecía ser elevada a la categoría de princesa.

Valentín la contempló admirado y la muchacha le dirigió también una rápida ojeada. Eso fué todo, porque casi al punto se entenebreció de nuevo el cine y volvió a proyectarse otra melodramática y aburrida película.

Nuestro amigo, o por lo menos el amigo del autor, se puso en guardia, porque la cosa era alarmante. Una mano se acercaba a su pierna como tanteando el terreno. Acaso algún ratero quería aprovecharse de la obscuridad...

Valentín acechaba, impávido ; a la menor señal sospechosa sujetaría aquella mano, la agarrotaría y pediría el auxilio de la autoridad.

La mano avanzaba cautelosamente, suavemente, como reconociendo el terreno : pronto llegaría al bolsillo del pantalón, donde muchos solemos guardar la calderilla, y entonces... ¡ qué decepción ! Porque Valentín llevaba siempre rotos esos bolsillos, él sabría para qué.

Pero aquella mano misteriosa no era, por lo visto, muy práctica en asuntos de raterías, porque pasó del bolsillo, sin penetrar en él ; se equivocó, sin duda, y avanzando algo más, se detuvo en...

Entonces se excitó Valentín, su naturaleza masculina se enervó y creyó comprenderlo todo.

¿ Acaso sería aquella mano la de su vecinita ? ¿ Quién era, entonces, aquella mujer ?

Porque se necesitaba atrevimiento para rea-

19.3189342

lizar la faena que estaba llevando a cabo en aquellos momentos...

Un alto en la película dió luz a la sala y Valentín se quitó rápidamente el sombrero y se lo colocó entre las piernas, como si estuviera muy sofocado.

Y lo estaba, desde luego. El sombrero era muy oportuno donde se lo había puesto.

Los dos jóvenes cruzaron una mirada ; ella estaba colorada como un pavo ; él estaba hecho otro pavo.

La familia cambió con la chica algunas insulseces y volvióse a entrar en el suculento y apetitoso reino de las tinieblas.

Esta vez ya sabía Valentín con quién tenía que habérselas. No se trataba de ratería alguna.

Aquella joven desconocida, ardiente y caprichosa, por lo visto—alguna buscona, indudablemente—prosiguió en su primera faena, pero esta vez, acaso por intuición, fué directamente al bolsillo.

¿Qué encontró? Lector, ponte en su lugar y mete la mano donde ella la metió y luego me lo contarás.

El pollo se hizo el sueco y extendió igualmente su mano hacia la parte más sensible de la mujer ; pero había mucha ropa por medio y se limitó a señalar la suerte : la estocada, mejor dicho, la vara no era de castigo.

La joven siguió en sus *palpeos* y Valentín hubiese echado... las tripas, si no acude a tiempo la luz, el final de la película, que puso un poco de orden en el desconcierto que reinaba entre aquellas lobregueces.

Se hizo un leve descanso y la sala se ilumi-

14-5109542



nó profusamente. Muchos espectadores abandonaban sus localidades, que eran ocupadas por otros, los que esperaban de pie el desquite obligado de abonados al cine.

También se levantó la joven que tanto había excitado a Valentín. Pretextó que sudaba demasiado.

—Me voy a tomar el fresco un rato—le dijo a su familia—. El calor es asfixiante ; aquí no se puede respirar.

Al mismo tiempo le dirigió una mirada significativa a Valentín.

Este, como hombre práctico, comprendió la indirecta, y abandonó igualmente el salón sin que nadie se diese cuenta de su ausencia.

Los dos jóvenes se encontraron en el pasillo, cerca del bar.

—¿Quiere usted tomar un refresco?—le dijo él, casi empujándola al establecimiento de bebidas.

Ella aceptó de buen grado.

Y Valentín, mientras servían las sodas demandadas, consideró, como dicen los franceses, contempló, como decimos nosotros, a su vecina y pensó que era una soberbia mujer y que a lo sumo le costaría cinco pesetas, aparte del convite.

—¿Me acompaña?—le dijo ella.

—Hasta el fin del mundo, preciosa.

Y echaron a andar, uno detrás del otro.

A poco se detuvo la joven.

—Sube—dijo.

Valentín echó resueltamente tras ella.

## CAPITULO II

### PENETRACIÓN ARMADA

La casa no tenía el aspecto característico de las conocidas y vulgares mancebías ; más bien se asemejaba a una casa donde se albergan honradas familias de obreros. Ni gritos, ni cantos obscenos, ni mujeres pintarrajeadas, ni nada que revelase que era aquello una posada del amor.

La muchacha sacó una llave, abrió cautelosamente y ambos penetraron en la habitación, volviendo a cerrar la puerta con el mismo misterio de antes.

Valentín encendió rápidamente una cerilla y se puso en guardia.

—¿Es que tienes miedo?—le preguntó ella, sonriendo.

—¿Miedo de qué?—contestó él.

Pasaron a una alcoba limpia y coquetona y a la luz de una vela volvieron a contemplarse mutuamente.

—¿Qué te pasa, hombre? ¡Parece que estás embobado!

Y sentándose sobre sus rodillas, le acarició y besó, enardecida de amor.

El joven devolvía con creces las caricias y no salía de su apoteosis.

—¿Dónde estoy?—se preguntaba, como preguntan ordinariamente los que han sufrido algún desvanecimiento cuando vuelven a la vida.



Ella adivinó el estado de espíritu de su compañero y le sacó de sus perplejidades.

—Tienes cara de corrido — le dijo—y, sin embargo, voy a demostrarte que en esta ocasión te has equivocado. ¿Dónde crees que es-



...le acarició y besó...

tás? ¿En un lupanar, eh? ¿Cuánto piensas darme por gozar de mi cuerpo?

Valentín no respondió : iba de sorpresa en sorpresa, porque verdaderamente ni la mujer tenía trazas de ramera, ni la casa parecía dar albergue a ninguna prostituta.

—Veamos—insistió ella—. ¿Cuánto me vas a dar por solazarte con mis carnes, por besar

estos botoncitos sonrosados que se enervan a veces, como ahora, ¿ves? por penetrar en el recinto del placer supremo, en la hora dichosa y feliz de que mi goce se una al tuyo, en éxtasis amoroso y delirante? ¿Cuánto me darás? Contesta.

Valentín iba comprendiendo al fin; aquella mujer no era ninguna mujer pública.

—¿Que cuánto te daré, me preguntas?—exclamó excitado—. ¡Todo; mi sangre, mi vida, mi alma... todo, todo!

Y la besaba con frenesí, casi mordiendo aquellas carnes suaves y apetitosas. La besaba en los ojos, en la boca, en el cuello, en los pechos, y bajando cada vez más, loco y jadeante, estampó un cálido beso en la confluencia de los muslos, en el sitio reservado a la mujer para las grandes alegrías y los grandes dolores.

Ella estaba sudorosa, colorada como un pavo, mejor dicho, como una pava.

Valentín, que era muy ducho en las contiendas amatorias, consideró llegado el momento decisivo y preguntó a la chica:

—¿Y tú, qué vas a darme a mí?

—Lo que tú quieras. Desde el momento en que te abro de par en par las puertas de mi casa...

—Puedo entrar por donde quiera, ¿eh?

—¡Granuja! ¡Según y conforme...!

—¡Reina mía!

Los dos jóvenes se dieron un ruidoso beso en la boca.

—Pero, quítate — le dijo ella—esa llave que tienes en el bolsillo del pantalón; me la estás clavando en el muslo hace un rato.

—¡Si no es ninguna llave, tonta!



—¡A ver, a ver!

Enderezóse ella, la muchacha, no la llave, para observar aquel chisme que tanto la molestaba en la parte póstuma de su organismo y cuando estaba admirándolo con delicia, Valentín, en el paroxismo del amor, la cogió por la cintura, como una débil pluma y la depositó en la cama, echándose sobre ella jadeante, furioso, como la fiera hambrienta cuando olfatea la carne que le hace falta para saciar su apetito.

—¡No... no...!—decía ella, haciendo como que se resistía, pero colocándose mejor en el lecho, y tan excitada o más que el joven—. ¡Qué vamos a hacer, Dios mío!

—Ya veremos luego lo que sale.

—¡Ay, si se enterase mi familia...!

—Mira, mira, vamos al grano y déjate ahora de familia, vida mía.

Y diciendo y haciendo, la iba aligerando de ropas, descubriendo a cada momento bellezas inapreciables y sugestivas.

Lector, ya habrás oído decir que bajo una mala capa se suele ocultar un buen bebedor; lo que no sabrás, quizás, es que algunas veces, bajo una apariencia sencilla y modesta, se encubren bellezas soberanas, que parecen exclusivas de esas damas del gran mundo, criadas y cuidadas con mucho esmero desde su niñez, para que luego resalten mejor sus encantos naturales.

La mujer que se estaba beneficiando en aquellos momentos Valentín, era un testimonio contundente en nuestro favor.

Más bien alta que baja, de cutis blanco, fino y delicado, le convenía a las mil maravillas

aquello que se dice del tordo, que tiene la cabeza pequeña y lo otro gordo.

Interiormente vestía con elegancia y coquetería; por lo visto se cuidaba más de dentro, que de la fachada. Sus medias de seda, caladas, le llegaban hasta la mitad del muslo; eran de esas medias que se llaman vulgarmente de Tolosa, porque llegan hasta... muy arriba y su negrura contrastaba con el preciado alabastro de la carne que aparecía al descubierto.

—¡Ay, qué manos más heladas tienes!—dijo ella, sonriente y juguetona—. ¡Con cuidado, hombre, porque la impresión...!

Pero Valentín no estaba para remilgos, y asiéndose con ambas manos a la parte más carnosa que suelen tener la mujer y el tordo, hizo un esfuerzo y penetró triunfante, con la cabeza descubierta, en el soñado jardín del amor, regando con el germen vivificador la flor gentil, que abrió, sedienta, su corola, para recibir ardiente el rocío que la había de tornar su lozanía y esplendor. ¿Estaría el terreno abonado para que la semilla germinase? Cosas son esas que sólo se ven con el tiempo.

El éxtasis amoroso se prolongó mucho, y entre suspiros, besos y espasmos se juraron eterno cariño, fidelidad para, por siempre, jamás, amén. En esos momentos somos capaces hasta de jurar que pagaremos religiosamente al casero o que no le tendremos envidia a ningún compañero de profesión.

—Creo que hemos abusado demasiado—exclamó la joven, con desfallecimiento—. Estoy fatigada y la cabeza parece que se me va de los hombros. La sesión ha sido de prueba.



—Pues a mí me ha sabido a poco, cielo mío.

Y Valentín la besó escandalosamente, con lujuria, como si no hubiese pasado nada.

—¿Pero es que todavía te atreverías...?

—¿Y es que nos vamos a despedir así...?

—¡Déjame, déjame; no, no puedo más...!

—Sí puedes, sí puedes...

Y la seguía acariciando, excitándola, ansioso de volver a saborear delicias que jamás había soñado...

—No, no quiero... ¡Loco, lo... co... lo...!

Unos labios ardientes se posaron sobre los suyos y no pudo terminar la frase...

Valentín hizo de nuevo su entrada en el ya inundado jardín del amor...

## CAPITULO III

### ANTECEDENTES Y COMPLICACIONES

Mientras el mundo seguía navegando sin cesar por el piélago inmenso del vacío y las películas se proyectaban casi sin interrupción también en el cine, Valentín se enteró de la historia de Merceditas, una de esas historias vulgares que apenas gustan a nadie, porque carecen de interés.

Trabajaba en una platería, en calidad de pulidora de oro y un año antes tuvo un tropiezo que destruyó en su ser una cosa que no tiene ya compostura y que transforma la calidad de doncellez en algo peor a veces, porque hay tropiezos inflamatorios que se resuelven, si no se echa mano antes de curanderas poco escrupulosas, al cabo de un número de meses, en forma carnal y humana, en canarios de alcoba, que solemos llamar en sus primeros y molestos tiempos.

Mercedes no pasó del tropiezo, es decir, no hubo ulteriores consecuencias, y quitando a la familia y contado número de amigas, amén del autor del desaguisado y de los que se lo contase él piadosamente, con objeto de darse tono, todos los demás ignoraban el desguince hecho en su honor doncellil.

Y he aquí el misterio psicológico, digno de estudio para los hombres de ciencia: la muchacha juró no casarse en toda su vida y permanecer soltera por los siglos de los siglos. Pero también se juró gozar de todos los placeres del amor, pues su naturaleza ardiente así se lo exigía.



No le guiaba el más leve pensamiento de lucro: amor, amor y sólo amor. Mujer caprichosa y voluble, se hastiaba pronto del hombre, y cambiaba de macho con harta frecuencia. Cuando lo agotaba, cuando conocía completamente la manera de «amar» de un individuo, buscaba la novedad en otro y luego en otro.

—Los hombres lo hacen así también—se decía para justificarse a sí misma—, y cuando ellos lo hacen, sus razones tendrán para ello. Y es práctico, porque en la variedad está el gusto, y yo quiero gustos variados.

Su cinismo no trascendía a la superficie, porque de otro modo hubiera sido una mujer despreciable y despreciada.

¿Estaba la familia enterada de sus manejos? Indudablemente; pero después de los primeros castigos y amonestaciones, comprendió que el mal no tenía cura y la dejaron como cosa perdida, aunque vigilándola mucho para evitar todo lo que se pudiera.

Por otra parte, parecía aquello un vicio hereditario, una fiebre carnal que se transmitía a la rama femenina de manera continua y fatal. La respetable abuela de Merceditas, la jamona mamá y hasta la hermana recién casada habían tenido y tenían a ratos los mismos caprichos eróticos que ella.

Y es claro, nadie podía echarse en cara nada y se convino en dejar la cosa correr, porque, como suele decirse, «peor es meneallo».

El lector comprenderá que la joven no reveló todos estos detalles a Valentín, pues sorteó con tacto lo que podía, si no comprometerle, por lo menos producir mala impresión acerca de su conducta poco recomendable.

Pero, aparte de todo, era tan hermosa y apetitosa, que el joven estaba encantado de su conquista. Ella tampoco había quedado mal impresionada de él ; aquel capricho llevaba trazas de durar un rato.

—Y ahora vete, porque puede volver mi familia del cine—le dijo ella, acompañándole hasta el recibidor.

—¿Cuándo volveremos a vernos, vida mía? —preguntó cariñosamente Valentín.

—No puedo decírtelo—contestó Mercedes—. Depende de las circunstancias, pero de todos modos será muy pronto, porque yo también tengo deseos de pasar otro rato tan dulce como este. Te enviaré una carta por el correo interior. Espera, mi bien, espera.

Valentín salió radiante de alegría de aquella casa que había sido un paraíso de felicidad para él.

Cuando se alejaba, pensando en su amada, vió venir un grupo en dirección contraria.

Apartóse prudentemente y observó que aquella gente penetraba en la casa que acababa de abandonar.

—¡Anda, si me descuido!—murmuró—. Esa es seguramente la familia de Merceditas : el padre, la madre, la hermana y su marido. De buena me he librado.

Y sin tratar de reconocerlos se alejó a buen paso, por si podía correr algún peligro su integridad personal.



Llegó al café, en el cual le esperaban los amigos para hacer la obligada y nocturna tertulia, donde se pasaba revista a todo bicho viviente y era el amor la comidilla de aquella juventud alegre y bulliciosa.

—¿Qué horas son estas de venir?—le dijeron casi todos al verle entrar.

—Negocios... asuntos particulares...

—¡Mientes, villano!—exclamó un contertulio—. ¡Tú has estado de conquista!

—Os juro...

—No jures—observó otro—, porque se te conoce en la cara...

—Y en el cuerpo... Estás alicaído, tronchado...

—Y la corbata deshecha...

—Y un rosetón en el cuello... Una succión.

—Te exigimos explicaciones.

—¿Era guapa?

—¿Rubia?

—¿Artista?

—¿*Cocotte*?

—Pero, señores...—pudo por fin decir el joven—. ¿No sabéis que no me gustan las artistas?

—¿Luego no es artista?

—¿Quién?

—Tu conquista ; tú mismo te has delatado. Habla o te suicidamos—dijo otro en tono tragicómico.

—Pues bien, voy a relataros el episodio, o conquista, o como queráis llamarlo. He estado con una mujer, que sin conocerme se me ha declarado, me ha seducido...

—¡Bravo! ¡Si eres terriblemente guapo!—dijo un joven picado de viruelas y nariz de pe-

rro pachón—. ¡Te envidio, Valentín! ¡Adelante!

Ya comprenderá el lector que éste omitió en su relación el nombre y domicilio de Mercedi-tas. Cualquiera de aquellos calaveras hubiera procurado y hasta conseguido soplarle la dama. Valentín conocía muy bien el paño.

Uno de los circunstantes, Juanito Mejía, como se le llamaba en la reunión, había seguido el relato, tal vez con más atención que los otros y sus razones tendría para ello.

El caso es que al concluir, y una vez terminadas las felicitaciones y parabienes de rigor, Juanito exclamó, satisfecho y orgulloso:

—¡Yo conozco a esa mujer!

Valentín lo miró con ojos escrutadores y furiosos.

—¿Que tú la conoces...?

—Yo, sí.

—Veamos; dame algunos detalles.

—Esa mujer vive en la calle...

Y citó, efectivamente, el domicilio de Mercedes.

Valentín se inmutó, pero reaccionó rápidamente y nadie se dió cuenta del efecto producido.

—Te equivocas; no vive allí. Pero, sigue... sigue.

—¡Y es casada!

—¡Ja, ja, ja!

—Y se llama Encarnación.

—Pues ni es casada, ni se llama Encarnación.

—¿Pero vive allí?—observó uno muy oportunamente.

—Yo no sé dónde vive esa señora Encarnación — dijo Valentín, haciéndose el burlón—. Pero lo que es la mía, ni os diré su nombre, ni su domicilio. ¡A husmear, a brujulear, curiosos impertinentes! ¡A contarme luego de qué color son las ligas azules que lleva!



—¡Azules!—exclamaron todos, abucheando a Valentín.

La tertulia se levantó a poco y en pie quedaba la incógnita.

Juanito Mejía estaba intrigado.

A Valentín le pasaba otro tanto.

## CAPITULO IV

### DE CAZA

La codiciada carta no llegaba nunca. ¿Le habría olvidado ya Mercedes? Valentín no quería creerlo; suponía que la joven estaría indispuesta o que la familia la vigilaba de cerca, si había llegado a sospechar lo ocurrido.

Era caso de pasear disimuladamente por la calle, atisbar con prudencia, verla, si podía, aunque fuese desde lejos.

Y una tarde, cuando ya el sol caminaba hacia su ocaso, el joven buscó con ansia la casa de su amor y advirtió con alegría que frente por frente había un bar.

El sitio era pintiparado para observatorio; desde allí veía los balcones de su amada y dominaba también la puerta de entrada.

—Hay una providencia para los amantes desesperados—se dijo—. Vamos adentro y a observar y beber cerveza.

Resueltamente abrió la puerta y penetró en el establecimiento, pero al punto quedó estupefacto y asombrado. Si en aquel momento se lo hubiese tragado la tierra, Valentín se hubiera considerado altamente satisfecho.

Porque en una de las primeras mesas se hallaba tranquilamente saboreando un doble su amigo Juanito Mejía.



—¡Tú por aquí!—exclamó éste, entre socarrón y admirado.

—Sí, yo; te he visto y he querido pasar un rato contigo.

—¿Me has visto, con la puerta cerrada?

—Vamos, te he presentido. ¿Te molesto, Juanito?

—Al contrario, querido; pero no me parece muy casual tu visita por estos barrios.

—Lo mismo podría decirte yo a ti.

—¿Luego convienes en que se trata de la misma mujer?

—No sé a qué mujer te refieres.

—A la de tu aventura.

—¿Quién se acuerda ya de aquello?

—No te creo.

—Haces mal, porque si hubiésemos de ser fieles a toda mujer con quien nos tropezamos en la vida, créete que les correspondería a cada una el átomo más despreciable de fidelidad posible; y para tan poca cosa, mejor es nada.

—¡Llevas razón, qué caramba! Si hemos colaborado juntos y yo he quedado satisfecho y tú complacido, eso demuestra que hemos tenido gusto en la elección. La casadita es de primera.

—¡Y dale con la casadita!

—Sí, Encarnación.

—Pues yo te repito que ni es casada ni se llama así.

—Pues ahí enfrente vive.

—Buen provecho. Basta que hayas tenido relaciones con ella, aunque todo lo superficiales que dices, para que no sienta la menor curiosidad por conocerla; te lo garantizo. Estoy seguro que no es la mía y eso me basta.

Marcháronse los dos amigos, cada uno con el resquemor consiguiente y a poco se separaron.

—Chico, perdona y hasta la vista, que no será seguramente en ese bar.

—Lo mismo te digo, y ya veremos quién falta a su palabra.

Valentín se encaminó a la Rambla. Empezaban a encender el alumbrado público. A aquellas horas siempre hay algo bueno que admirar por la popular vía y el joven solía darse un paseíto por si caía pieza.

Junto al escaparate de una gran tienda de confecciones, cuyo nombre no hace al caso, vió a una joven hermosísima, una mujer de la clase media, pero muy arregladita y muy provocativa.

Al parecer observaba con verdadera atención los objetos expuestos y casi no se fijó en la llegada de Valentín que, como es consiguiente, la contemplaba a ella y no los vestidos.

A poco se dió cuenta de la observación de que era objeto y dirigiéndole una mirada indiferente se apartó del escaparate y continuó tranquilamente su camino.

Valentín se fijó en sus bellas formas ; le gustó la mujer y la siguió para convencerse de si podía sacarse algo de provecho.

Ella se percató de que la seguía aquel hombre y aceleró el paso, buscando una travesía oportuna, para perderse del donjuanesco personaje.

Entonces Valentín supuso fundadamente que la joven sería alguna chica honrada, porque también las hay, y desistió de su propósito, limitándose a quedarse parado en la esquina por donde ella había vuelto, hasta perderla de vista.





...y dirigiéndole una mirada indiferente...

De pronto echó a andar resueltamente en la dirección que había tomado la mujer, porque creyó que le había hecho alguna seña, y pronto le dió alcance.

—Joven...—empezó diciéndola tímidamente.

Ella se volvió.

—¿Qué se le ofrece?

—Pues se me ofrecía... ofrecerle a usted... vamos, hablar con usted cuatro palabritas.

—Creo que se equivoca usted, caballero. No soy lo que usted se figura.

—Es que yo me figuro que es usted una mujer adorable y en eso no me equivoco.

—Muchas gracias — replicó ella, un tanto más amable—. Pues bien ; si son esas las cuatro palabras que tenía que decirme, las doy por escuchadas y le reitero mi agradecimiento por la lisonja. Beso a usted la mano.

—No sea usted cruel.

—Lo que ha de hacer usted es no llamar la atención en la calle. Yo soy una mujer comprometida.

—¡A mí sí que me está usted comprometiendo con esos ojos y esa boca preciosa, y ese lunar alevoso...! Vamos a tomar algo.

—¡A tomar algo...! ¡Cuando le digo que se equivoca...! Porque... ¿qué me daría usted?

—Mi vida, mi sangre, mi alma...

—¡Pobrecillo! ¡Cómo se quedaría usted!

—¿Me permite usted que la acompañe hasta su casa?

—¡Vaya un disparate! ¡Y que nos encontrásemos en la puerta a mi marido...!

—¡Una casadita! — pensó Valentín—. ¡Mi ideal! ¡Me halagan estas conquistas!

Y luego añadió en voz alta :



—Entremos en este café.

—Ea, entremos ; no sé lo que va a sacar en limpio. Usted me ha tomado por otra.

—Por lo menos gozaré de su conversación un rato.

—Muy corto, porque me esperan en casa y, además, no me parece muy conveniente estar de palique en un sitio público con un señor desconocido, que nos asalta en plena calle y luego nos secuestra en un café, para ofrecernos generosamente su amor, como se ofrece un refresco o un pitillo a un amigo.

## CAPITULO V

### CAMBIO DE DAMA

En una de las mesas más apartadas tomaron asiento los dos jóvenes y charlaron animadamente, como si se hubiesen conocido toda la vida. Gran verdad es aquello de que la juventud todo lo atropella.

Era adorable aquella mujer, de aspecto distinguido, aunque no pertenecía a clase elevada, como hemos dicho ya.

Su conversación deleitaba y ponía los dientes de punta, cuando con estudiado candor se aproximaba más de lo regular o rozaba su pierna con la de su interlocutor, que la contemplaba con ojos encandilados.

De no hallarse en el café, nuestro amigo se hubiera tomado una o varias libertades con la chiquilla; aun así, aprovechaba lo que podía.

—¿De modo — siguió diciendo Valentín — que no voy a poder conseguir que me quiera usted, aunque sea un poquito?

—Imposible—replicaba ella con zalamería—. Ya le he dicho que estoy comprometida; tengo pignorado mi corazón.

—Pues yo le compro la papeleta.

—No me hace falta dinero por ahora.

—Se la pagaré con cariño.

—No sea usted pesado; además, ¿cree usted que el amor nace así, de improviso? ¿Se figura



usted que por su cara bonita voy a enloquecer de pasión en seguida?

—No se burle usted más de mí. Quiérame usted, ingrata.

—¡Quiérame usted, quiérame usted! Si viera usted lo raro que se pone para decirlo... Quiérame usted... Bueno; pues le quiero. ¿Qué más?

—Hágame usted feliz.

—Que lo haga su abuela.

—¡Es usted muy mala!

—¿Muy mala? Veamos qué entiende usted por felicidad.

—Pasar un rato a su lado.

—¿Un rato nada más?

—Y luego otro, y otro y otro.

—Yo, para castigarlo, debiera consentir.

—Castígueme usted, se lo suplico.

—Pues bien, voy a acceder. No sé si me pesará o se arrepentirá usted.

—De ningún modo.

—Creo que estoy tratando con un caballero... muy simpático, pues sólo por simpatías me entregaré a usted. Conste que no soy ninguna mujer pública, y le juro que soy casada y vivo con mi marido. Nos exponemos a mucho, se lo advierto.

—Por usted no temo ni la muerte.

—Eso es lo último que llega. Pero pueden ocurrir cosas... ya le explicaré... porque hemos de hablar largo y tendido.

—Tendido, sobre todo.

—¿Es usted aficionado a la cama?

—Cuando no estoy solo, sí.

—Pues bien, mañana nos veremos.

—¡ Malo ! Eso me parece una tomadura de pelo.

—Eso es únicamente una tomadura de precauciones. Pero si usted cree lo contrario, olvidemos esta pequeña aventura y déjeme marchar, porque ya debiera estar en casa, se lo juro.

—Perdóneme, pero es tanto mi deseo...

—Mayor lo será mañana, si es verdad que me quiere, como dice.

—Con toda el alma.

—Pues bien ; mañana, a la caída de la tarde, yo estaré en el mismo sitio por donde me ha visto hoy.

—Contaré las horas febrilmente. No podré dormir.

—Tome usted adormideras.

—¡ Burlona !

—Cuando me vea, me sigue a prudente distancia, sin despertar las sospechas de nadie.

—Seré un perfetco detective americano.

—Usted entre donde me vea entrar, que es mi casa... y veremos qué impresión sacamos mutuamente de nuestra primera entrevista.

—Una impresión de felicidad completa.

—Y ahora, adiós ; ni me siga ni me acompañe ; quédese en el café pensando un momento en mí y... hasta mañana, señor Tenorio.

Y desapareció rápida, dejando turulato y cariacontecido a Valentín.

## CAPITULO VI

### EL QUE LA SIGUE, LA MATA

Valentín era feliz y dichoso ; un verdadero niño bonito ; tenía, no obstante, una leve preocupación. ¿ Qué sería de su Merceditas ? ¿ Por qué no le escribía, invitándole a reanudar aquella feliz noche de amor, ante cuyo solo recuerdo se relamía de gusto todavía ?

No quería volver a caer en la tentación de ir al bar por no correr el ridículo de encontrarse con el burlón de Juanito Mejía y sufrir otra nueva carga, que no hubiera aguantado tranquilamente.

Y era sensible perder una antigua y fraternal amistad por una mujer a quien apenas conocía.

Había que estudiar, sin embargo, el medio de volver a encontrar a aquella muchacha de carnes enloquecedoras y cara de tentación.

Iría al cine donde la encontró, tan pronto se viera más descargado de trabajo.

Porque aquella tarde tenía cita y había que cumplir como los hombres.

Nunca le habían parecido las horas tan largas y aburridas. Paseando desde las cuatro por la Rambla había visto desfilar una colección de mujeres hermosas, a alguna de las cuales hubiera seguido en otra ocasión de más tranquilidad para él.

Pasaba el tiempo y la desconocida no aparecía por ninguna parte.

Valentín empezaba a «cabrearse», como dice la gente del bronce.

—¿Si me habrá tomado la cabellera?—pensaba—. No paso a creerlo, porque me pareció que hablaba con el corazón en la mano; pero, en fin, sólo habré perdido el tiempo y aprovecharé lo que falta, hasta la hora de la cena, en dar un vistazo por el cine. Es posible que allí encuentre a la otra, porque, como dice el refrán, cuando una puerta se cierra, ciento se abren. Ya veremos.

Y cuando definitivamente se disponía a abandonar desengañado aquellos lugares, lanzó un suspiro de alegría. ¡Apareció ella!

Valentín se prometió seguir al pie de la letra las instrucciones recibidas el día antes, y al efecto, después de una rápida y disimulada señal de inteligencia, echó prudentemente detrás de la joven, sin dirigirla la palabra.

Ya iba obscureciendo; en algunos establecimientos encendían las luces, que iluminaban al pasar el bello rostro de la desconocida, en el cual se advertía cierto tinte zumbón y alegre que intrigaba.

Siguieron andando largo rato hasta que llegaron a una calle harto conocida del joven.

—¡Vaya un compromiso!—se dijo éste—. Sólo falta que esté la otra en el balcón...

Porque habían penetrado en la misma calle en que vivía Merceditas.

Valentín seguía a la mujer con más disimulo ahora que nunca, deseando salir pronto de aquel paso peligroso.



Ya se iban acercando a la casa de Mercedes; pronto desaparecería el riesgo.

Pero no habían terminado todavía las sorpresas y angustias de nuestro protagonista; le faltaba la mayor, la inesperada.

Porque su nueva conquista penetró resueltamente en aquel portal; es decir, que por lo visto vivía en la misma casa que Mercedes, aunque no en el mismo piso, como era de suponer.

Valentín continuó su persecución, y al entrar en el portal volvió la vista a la calle, para convencerse de que nadie se había dado cuenta de su faena, cuando le pareció ver por los cristales del bar la cabeza burlona de Juanito Mejía.

Aquello le preocupó, y subió la escalera pensativo y taciturno.

Pero la bomba final fué arriba, en la puerta de la habitación.

La joven sacó una llave y la introdujo en la misma cerradura que lo había hecho Merceditas, y al penetrar en el cuarto conoció el recibidor aunque no la alcoba que tan gratos recuerdos le traía a la memoria, pues la joven lo llevó a otra, tal vez la suya propia.

Valentín cayó del burro y exclamó para sí mismo, con los personajes de comedia:

—¡Ahora lo comprendo todo!

—Bueno, ya estamos en lugar seguro; ya estamos en mi casa. Creo que he cumplido mi palabra, don... ¿Cómo es su gracia, pollo?

—Valentín. ¿Y la de usted?

—Encarnación.

—La misma—siguió diciéndose él—. Esta es la casadita a que se refería Juanito; la hermana de Mercedes. ¿De modo que voy a soplarle la dama? Lo malo será que él logre imitar mi

ejemplo... En fin, más vale que estas cosas recaigan entre amigos...

—¿En qué piensa usted, señor sorbete?—preguntó la joven.

—Estoy pensando en que es usted más fría que yo... porque todavía no has hecho esto...

Y cogiéndola por la cintura la dió un ardiente beso en la boca.

—El hombre ha de romper siempre el fuego, nene mío—exclamó ella con ojos en que resplandecía la lujuria—. Ven, siéntate aquí, a mi lado, y dime que me quieres, a ver si conozco que me engañas. Así, más juntitos ; habla, vida mía.

Y se abandonó a sus caricias.

Valentín pronunció su diezmilésimo discurso acerca de los goces del amor y juró por millonésima vez un cariño eterno y a prueba de bomba.

—Seré tuyo hasta la muerte—la aseguraba con fuego— ; has conseguido volverme loco en poco tiempo.

La conversación se interrumpía frecuentemente, porque los jóvenes se comían materialmente a besos.

Aquello estaba ya al rojo blanco. Encarnación sudaba, y eso que a fuerza de aligerarse de ropa sólo llevaba encima la camisa, que además de ser corta y escotada, la había recogido Valentín por ciertas partes por donde le convenía examinar sus preciosas carnes.

—¡No, no me toques ahí con el dedo!—decía ella, agitándose entre espasmos de placer.

—Es que me gusta mucho este lunar caprichoso.

—Es de herencia. Lo tiene mi madre y mi



hermana. Lo hemos sacado tan sólo las mujeres.

—¡Y cuánto pelo en el... moño!

—Te advierto que no hay nada postizo.

Y así jugando, acariciándose, acabaron rendidos. Ella dijo que quería descansar un ratito



...aquello estaba ya al rojo blanco...

en la cama ; él la acompañó, por si le daba miedo estar sola, y una blanca sábana sirvió de telón para ocultar a la vista lo que allí debajo podían hacer dos cuerpos jóvenes, excitados por la lujuria y en libertad para meter la pata, como vulgarmente se dice, y cuantas metiduras

pueden ocurrírsele a cualquier hombre que tenga su alma en su almario.

Lector, no te invito a que penetres debajo de la sábana, porque podría correr peligro tu integridad personal o porque harías un papel ridículo de testigo, en escenas en que conviene mejor ser parte activa.

Yo tampoco puede ver lo ocurrido, aunque pudiese deducir mucho, a juzgar por las turbulencias de la superficie. Figúrate un mar agitado, en plena tempestad ; así se movía aquella sábana, encubridora de escenas de placer, que se delataban por dilatados besos, suspiros y frases entrecortadas, que mejor convenía no oir.

¡ Valiente descanso tuvieron nuestro par de enamorados !

—¡ Y van cuatro !—exclamó ella con laxitud.

Cualquiera sabe la cuenta que estaba llevando aquella gente.

—¡ Son tres !—dijo Valentín, rectificando.

—¡ Cuatro !

—¡ Tres !

—¡ Te digo que son cuatro !

—Pues volvamos a empezar.

El océano volvió a encresparse de nuevo ; la sábana indicaba, en sus movimientos, el terrible mar de fondo que había, y sólo allá en la parte superior flotaban dos cabezas, muy juntas, boca contra boca, sudorosas, jadeantes, como si estuviesen corriendo un temporal deshecho.

Hasta el moño tenía deshecho Encarnación ; no les digo a ustedes nada.

Por lo visto el marido se ocupaba poco de ella, pues nunca tenía hartura.

Valentín encendió un cigarro, pues como dice el refrán, en todos los trabajos se fuma. Durante aquel breve interregno, la joven le refirió a grandes rasgos su historia, de la que resultaba que, en efecto, estaba legalmente casada, «con el hombre que nunca amaré», como acabó casi cantando.



—¡ Lástima que no seas libre !—exclamó Valentín.

—¿ Te parece poco ? Mi marido es un tipo especial y así nos llevamos bien. Se ha hecho a los golpes, como suele decirse. Eso sí, si alguna vez me cogiese *in fraganti*...

—¿ Te mataría ?

—¡ Quizás nos mataría a los dos !

—¡ Caracoles !—pensó Valentín.

—¿ Te has asustado ?

—¿ Yo ? ¿ Mariditos a mí ? Por fortuna siempre estoy armado.

—Ya lo veo—dijo Encarnación.

—Hombre prevenido vale por dos.

—No temas nada.

—¡ Está bien ! Que vengan, que vengan maridos ; ya verán cómo los trato...

Dos golpes dados en la puerta del piso cortaron el discurso a Valentín.

¡ El comendador que llega con gente armada !

—¿ Será tu marido ?—preguntó alarmado el joven, incorporándose en la cama.

—No lo creo ; no te muevas ; voy a ver quién es.

—Pero si es tu marido...

—¿ No dices que siempre estás armado ?—le dijo ella burlonamente.

—Encarnación, poquito pitorreo, ¿ eh ?

La joven se puso rápidamente una bata, cerró la puerta con llave, con gran alarma para

Valentín, y cautelosamente fué a averiguar lo que ocurría.

El amante esperaba con ansia el final de la aventura.

—¡ Y estamos en un tercer piso !—exclamó, meditabundo—. ¡ Cualquiera salta por el balcón !

Los golpes se repitieron, más fuertes esta vez.

## CAPITULO VII

### ¡ Y VAN DOS !

Valentín oyó rumor de frases y advirtió que abrían la puerta ; por lo visto era gente conocida.

¿ El esposo ? ¡ Malo ! Había que ponerse en guardia.

Transcurrieron algunos minutos de verdadera ansiedad para él. Apostado detrás de la puerta, procuraba enterarse de lo que ocurría, aunque en vano.

Eso sí ; se hallaba dispuesto a defenderse y defenderla. Don Juan Tenorio era a su lado un pobre diablo. Hasta los gatos se defienden de los hombres cuando se les ataca.

A poco advirtió que introducían la llave en la cerradura y que una voz conocida le decía en voz baja :

—No hay cuidado ; soy yo.

En efecto, era Encarnación.

El joven procuró aparecer todo lo más sereno posible.

—Era mi hermana—dijo ella, entrando.

—¡ Ya, la soltera !—respondió Valentín, con la mayor naturalidad—. ¡ Pues si llega a ser tu marido... !

—Aun tardará en venir. De todos modos conviene evitar cualquier compromiso.

—Eso quiere decir que cuanto antes me vaya...

—Pero es que nos veremos pronto... Digo, si es que verdaderamente estás enamorado de mí.

—¡ Y de tu hermana también !—estuvo él por decir—. Y hasta de tu madre, si se conserva tan jamona y frescachona como me la pintabas antes... Y no digo de tu padre y de tu marido, porque no son de mi cuerda los hombres.

Encarnación volvió a aligerarse de ropa y se quedó de nuevo en camisa.

—¡ Te digo, chico, que hace un calor... !

Y tornó a meterse en la cama.

—La despedida—añadió—se impone en estas circunstancias.

Hablaron un buen rato.

—¿ Sabes ?—le decía ella—. Mi hermana se encaprichó el otro día en el cine de un chico, muy guapo, según asegura, pero yo creo que no te gana a ti, entrañas mías.

—Basta que tú lo digas.

Valentín supuso fundadamente que se trataba de él mismo.

—La lagarta pretextó un fuerte dolor de cabeza—siguió diciendo Encarnación—y nos dejó ; pero yo sé dónde iba.

—Y yo también—pensó el joven.

—Te advierto que no le conocí por una casualidad. Apenas salía él de casa cuando entrábamos nosotros en ella.

—Lo sé, lo sé—se repetía por lo bajo Valentín.

—Debe haberle satisfecho demasiado, porque cuando ella repite...

—¿ Repite ?

—Sí ; acaba de entrar con él.



—¡ Cuernos ! — exclamó, sin poderse contener, nuestro amigo.

—Déjate de cuernos. ¡ Ellos sí que van a salir harto coronados !

—Pero si es que yo...

Valentín iba a decir una sandez. Iba a decir que él no se hallaba en aquel momento con Merceditas, sino con su Encarnación. Pero hubiera sido una metidura de pata.

Terminada la segunda parte, que no fué tan sabrosa como la primera, porque el amigo estaba ya apesadumbrado, empezó la despedida.

—¿ Hasta cuándo ?

—Dentro de tres días espérame en el mismo sitio y a la misma hora.

—¿ No faltarás ?

—Té lo juro.

Y se dieron un prolongado beso, que duró una barbaridad de tiempo.

Duró tanto porque se empalmó con otro, que sonó tan retumbante como el suyo en la inmediata alcoba.

El segundo beso le hizo daño a Valentín, que estuvo a punto de echarlo todo a rodar. Pero se contuvo.

¿ Quién sería el que le usurpaba el puesto en aquellos momentos ?

Una terrible sospecha cruzó por su imaginación.

Pensaba en Juanito Mejía y se creía objeto de una burla infame. Si fuese verdad...

—¡ Correrá la sangre !—se juró.

Ya en la puerta, estuvo tentado de dirigirse a la alcoba y averiguar ciertamente quién era el hombre que le soplaba la dama.

Pero un punto de reflexión le detuvo.

—¿ Y qué acabo yo de hacer en estos momentos? El que a hierro mata...

Y salió a la calle casi tambaleándose. La escena, bajo todos sus aspectos, había agotado sus fuerzas.

## CAPITULO VIII

### LIBRE, PERO CON COSTAS

Penetró en el bar que había jurado no volver a pisar y tomó un leve refrigerio.

Allí no estaba Juanito Mejía. Indudablemente la cabeza burlona que vió al entrar no fué la de él. Hay aberraciones.

Cuando el camarero le servía el sandwich demandado, le dijo servilmente y como para congraciarse con la propina :

—Aquí ha estado su amigo... Aquel caballero que bebió con usted la otra tarde.

—¿ Aquel joven... ?

—Sí ; don Juanito ; ya le conocemos. No hace ni un cuarto de hora que se ha marchado.

—¡ Es lástima !

—Sí, porque el pobre señor se aburría solo y usted le hubiera hecho compañía.

—Ya está bien acompañado a estas horas— pensó Valentín—. ¡ Me la ha dado con queso ! ¡ Nos veremos !

Y a poco abandonaba el establecimiento, malhumorado y renegando del amor y la amistad. Si en aquel momento tropieza alguno con él o le pisa un callo, hubiese habido un lance personal.

Afortunadamente vino a dar de manos a boca con don Senén, el viejo verde, asíduo a la tertulia de aquella juventud bulliciosa, a quien le

ocurrían siempre las aventuras más peregrinas y originales.

Algunos creían que las inventaba o las leía, pero, desgraciadamente para él, eran reales y auténticas.

El pobre hombre no escarmentaba ; en su calidad de tenorio averiado, se lanzaba a las conquistas más descabelladas y siempre las pagaba con su dinero o con su físico.

A Valentín lo admiraba y reverenciaba.

—Pero, ¿cómo te las compones, condenado? —le decía muchas veces—. Véndeme el secreto.

—¡Si yo no tengo ningún secreto!—respondía el otro.

—Te lo pagaré a peso de oro.

—¡Y dale, que es tarde!

Aquella noche estaba desconsolado don Senén, y el caso no era para menos.

—¡Valentín! ¡Dichosos los ojos... !—exclamó al ver al joven.

Valentín no estaba tampoco para bromas. Sin embargo, la figura grotesca del viejo pareció disipar algo su malhumor. Le hacía gracia y le miraba siempre con benevolencia y conmiseración.

—Es terrible, ¿sabes?

—¿El qué?

—Lo que me ha ocurrido hace un momento. Te aseguro que a quien se lo cuente lo va a achacar a novela por entregas.

—¿Ha seducido usted a alguna doncella?

—No te burles, chico. Te digo que es atroz.

—Pero, explíquese usted...

—A ti solo te lo referiré, porque no quiero caer en el ridículo general. Tú eres discreto, buen amigo, compasivo...



—¿Pero de qué se trata?

—Entremos aquí y te lo contaré en cuatro palabras ; pero, mucho secreto, ¿eh?

—Soy un sarcófago.

Ante unos fiambres y sendos vasos de cerveza, se suelta la lengua y nace la benevolencia. Don Senén hablaba con el corazón, o con el bock en la mano y Valentín le escuchaba con la mayor amabilidad.



—Ya sabes—empezó diciendo

—Ya sabes—empezó diciendo el viejo—que esta tarde había baile de máscaras en «El Crisantemo Rojo».

—Y siento que mis muchas ocupaciones me hayan impedido asistir a esa fiesta alegre y bulliciosa.

—Tú hubieras hecho suerte ; lo que es yo...

—Dios reparte a todos la suerte por igual—observó el joven.

—La reparte, sí · pero hay muchos que se adelantan y cargan con la parte ajena y la suya. Otros no son tan oportunos, o carecen de agilidad...

—En resumidas cuentas...

—En resmidas cuentas que penetré en el salón hecho un brazo de mar. El bigote teñido cuidadosamente, recién afeitado, como me ves, con una gardenia blanca en la *boutonnière* que partía los corazones, el bolsillo bien repleto y con aire de conquistador.

—Le reconozco a usted, don Senén.

—Y te advierto que no es muy fácil, porque con este cardenal en el ojo, sin corbata y este arañazo en la mejilla izquierda...

—Quería decir que reconozco su personalidad donjuanesca en los detalles que antes me ha referido.

—¿Y en los otros también, verdad?

—¡No diga usted eso!

—Pues te diré lo otro, lo sucedido. Penetro en el salón y me dedico, como las mariposas, a libar de flor en flor. Me dirijo a una niña, una de esas menores que despampanan, y me desprecia.

—Son muy ingratas las mujeres.

—Flecho a otra señora madura y cuando creo



que la voy a apuntar en mi lista, se acerca un señor grueso y feo, de la clase de retirados y con maneras descompuestas me invita a abandonar la presa, alegando que es su marido.

—¡Sí que es desgracia!

—Pero, por fin, encuentro mi media naranja.

—¡Vamos!

—Es decir, me acerqué a una máscara vestida con caprichoso dominó.

—¡Siempre el capricho en la mujer!

—¡Y qué formas! Se cogió a mi brazo y me enloqueció.

—¡Me pondrá usted los dientes de punta!

—Pues ya verás. Bailamos una habanera y la máscara se ceñía de modo alarmante.

—Y usted tantearía el terreno.

—Ya te digo que las formas...

—¡Ah, pillín!

—Digo que tenía dos bultos, en semejante sitio, así... y luego por aquí... y luego...

—¿Y luego qué pasó? Porque hay detalles que no pueden oirse con calma.

—Pues pasó que pasamos al ambigú y comimos y bebimos... Es decir, por lo que he visto luego, el único que bebí fuí yo, porque ella...

—Tampoco está bien que la mujer se embriague escandalosamente, mi ilustre amigo.

—Entre el vino y las formas—prosiguió diciendo don Senén—, yo estaba medio loco y dispuesto a hacer toda clase de disparates.

—¿Era guapa?

—¡Pero si hasta entonces no le había visto la cara, alegando que no le convenía descubrirse en el salón, porque la conocía una persona que podía darle un grave disgusto!

—¡Una mujer casada! ¡Miel sobre hojuelas! Ya conoce usted aquello de

«...Dulce y sabrosa
como la fruta del cercado ajeno.»

—Lo que tú no conoces es el desenlace.

—Me lo figuro.

—Estás fresco. Ahora verás. Yo le hice proposiciones que, como es de rigor, rehusó en un principio. Pero mi cartera la sedujo; tomó de ella algunos billetes y quiso luego escaparse.

—Para excitarlo más.

—Así lo creí yo y así era, en efecto. Echó a correr, entre bulliciosa y casquivana y la perseguí, enamorado y loco. Por fin la atrapé en un lugar solitario y tenebroso. Figúrate cómo iría yo.

—Echando chispas; lo comprendo.

«—No te escapas, la dije. Mascarita, me tienes fuera de tino y has de acceder a mis deseos, porque te adoro, te idolatro.

»—¡Embustero!»

—Siempre se dice algo parecido. Ella se resistía, pero pude arrinconarla y allí, de pie, aprovechando, le levanté el dominó y...

—¡Dominó!—exclamó, gozoso, Valentín.

—Cuando me disponía a atravesarla, justo castigo a su esquivez, me tropiezo con que llevaba otra arma semejante a la mía...

—¡Don Senén!—dijo estupefacto el joven.

—Era un hombre, como yo, como tú, como todos los machos.

—¡Pero eso es atroz!

—Y cuando me revolví contra él, indignado y furioso, cayó sobre mí una lluvia de bofetones y patadas...



Y después de una ligera pausa, terminó diciendo el vejete:

—Creo que serás un pozo sin fondo...

—Por mí no trascenderá eso a la superficie.

—Esto es lo que por ahora ha trascendido demasiado—agregó el viejo, tocándose el ojo inflamado y amoratado.

## CAPITULO IX

### TRES ERAN, TRES...

La tertulia de aquella «tropica» bulliciosa y casquivana se hallaba «au grand complet», y excusamos decir cómo andarían las tijeras de tantas lenguas viperinas o vespertinas, como decía el señor Salomón. De allí no se escapaba ni una rata.

Lo ocurrido a don Senén no había trascendido todavía al público, pero ya le llegaría su turno, porque aquella gente lo averiguaba todo.

En la reunión se hallaba también el vejete, pronto a tomar el olivo, si oía la menor indirecta.

Estaba perorando Alfredo, aquel joven picado de viruelas, con nariz de perro pachón, a quien hemos tenido el gusto de presentar, «siquier» sea de pasada, al principio de esta verídica narración.

Era un infeliz, un ingenuo y harto lascivo; los pocos amores o entretenimientos que se le conocía los pagaba a peso de oro y ni aun así hallaba lenitivo a sus deseos.

Le había ocurrido una cosa muy original, cuyo relato motivaba el bullicio extraordinario que se notaba en la reunión.

Tanto el hombre, como la mujer, tienen a veces caprichos contra natura, que han de agradar, por lo visto, cuando hay tanta gente que los practica.



«Consonante» a esto se va a tomar el autor la libertad de relatar una anécdota, que quizás vea ahora la luz pública por vez primera.

Un escritor festivo que en vida y en sus primeros tiempos alcanzó gran popularidad por su talento, cinismo e idiosincracia, se hallaba una noche en uno de los cafés más renombrados de Madrid, acompañado de un amigo íntimo.

A aquel establecimiento concurrían literatos, pintores, periodistas, artistas, gente alegre, ingeniosa y despreocupada.

En una mesa se hacía la apología de los vicios masculinos en su acepción más degenerada.

Aquella gente ensalzaba ese defecto y ponía por las nubes a los hombres que se apartan de las mujeres, para buscar la satisfacción de sus deseos en los de su propio sexo.

El escritor de referencia, muy opuesto a tales aberraciones, escuchaba con interés.

Y para dar más fuerza a su apología del estetismo, los otros citaban nombres propios, nombres ilustres, porque lo eran en el mundo del arte, como impenitentes invertidos.

—Ya veis—decía uno contundentemente—; bueno será eso, cuando la gente de talento lo practica a todo pasto.

Nuestro escritor pareció convencido; quedóse pensativo, y volviéndose a un compañero, le confesó:

—Chico, ¿a que resulta que los que estamos haciendo el burro somos nosotros?

Y volviendo a nuestra historia, diremos que Alfredo se había encontrado también en una re-

unión donde salió a colación otro vicio nauseabundo que según dicen practican algunos seres degenerados.

Hay hombres, y conste que hablamos por referencias muy remotas, afortunadamente, que tal vez enamorados de las bellezas íntimas de las mujeres, buscan el placer muy hondo; hacen la labor del cerdo, y que perdone éste, si se entera de la comparación.

Aquellos buenos señores, a quienes hay que hacerles el favor de creer que hablaban de broma, ensalzaban tal asquerosidad, comparándola al mayor placer conocido en la lujuria, y a su juicio no había cosa más deliciosa.

Alfredo, lascivo, ya lo hemos dicho, como un mico, escuchaba asombrado tal aseveración y cuando se detallara el acto, preguntó, entre admirado y curioso:

—¿Pero se hocica... allí...?

—Sí, sí—dijéronle aquellos guasones—. Y es cosa exquisita, que merece probarse.

Y héte aquí que Alfredo no echó en saco roto la recomendación y se prometió experimentar aquel placer en su propia persona.

La tertulia reía a mandíbula batiente.

—¡Queremos saber el final del episodio!—gritaban todos—. No hay que ocultar nada.

El joven de la nariz de perro pachón estaba orgulloso, porque aquella noche había logrado atraer la atención general.

—Señores—siguió diciendo—, hace dos días he conquistado a una mujer...

—¿Cómo se llama? ¿Dónde vive? ¿Es rubia, morena...?

Las preguntas no hubieran tenido fin en toda la noche.



Alfredo levantó los brazos como para imponer silencio.

—No me obliguéis a descubrir el secreto. Unicamente os diré que vive en tal calle...

Juanito Mejía se levantó de pronto, y cogiéndole por un brazo le dijo furioso:

—¡Su nombre!

—Eugenia.

—Está bien; prosigue.

—Ya es una jamona, pero está muy bien conservada. Ella dice que tiene 36 años, pero yo le echo más de cuarenta.

—Pues ya sabes; de los cuarenta para arriba...

—Bueno; el caso es que la conquisté y me llevó a su casa. Se trata de una mujer caprichosa, tal vez por el abuso, y se prestó a toda clase de combinaciones.

—¡Puerca!—exclamó el coro general.

—Dejadme concluir. Yo me dije: Aquí de mi ensayo; vamos a hocicar. Y probé aquel preconizado placer supremo, aquel goce con nada comparable y...

—¿Y qué?

—¿Sabéis lo que os digo? ¡Pues, francamente, que no me resulta!

Tal declaración se recibió con una salva general de aplausos y Alfredo apareció ante la concurrencia hasta guapo, inclusive, a pesar de su nariz de perro pachón.

Llegó un nuevo contertulio: Valentín. Don Senén le dirigió una mirada significativa, como rogándole que no refiriese su encuentro con la mascarita masculina y el joven le dió a entender con la vista que no tuviese cuidado alguno.

Otra cosa le preocupaba más.

—Juanito — le dijo a Mejía—, ¿quieres que echemos un párrafo mano a mano?

—Y cuarenta, si te place—replicó el otro, que parece que estaba deseando también la entrevista.

Los dos amigos se retiraron a un rincón del café.

—Esta tarde — empezó diciendo Valentín— pasé por el bar de marras casualmente y entré a tomar un refresco.

—Muy bien hecho—respondió Juanito con socarronería—. Lo malo es que has faltado a tu palabra, porque tú me prometiste que no irías más por allí.

—Y lo peor es también—agregó Valentín— que tú hiciste igual promesa y el mozo me ha dicho que cuando yo entraba hacía poco que te habías marchado.

—¿Quieres decir que los dos somos igualmente culpables? Pues estamos, entonces, en paz.

—Creo que tenemos alguna cosa pendiente.

—Pues habla, hombre. No pensarás comerme.

—Ni tú a mí tampoco. Juanito, tú me has coronado.

—Lo mismo digo, Valentín ; pero reflexiona con calma : nos hemos engañado inconscientemente. Cuando tú contaste tu aventura del cine, recordarás que yo afirmaba que tu conquista era casada y se llamaba Encarnación.

—Y estabas equivocado.

—Sí ; ahora he visto que es soltera y se llama Mercedes. Una mujer superior, chico ; te felicito por el gusto que has tenido.

—Te traspaso la felicitación, porque la casadita es de *primo cartello*. ¡Cómo te habrás puesto el cuerpo!



—Juzga por ti mismo.

—Verdaderamente seríamos unos imbéciles si por una mujer más o menos riñésemos ahora.

—Eso pensaba decirte, Valentín. Hemos gozado a esas dos mujeres, son un par de golfas indecentes, caprichosas y casquivanas... Pues mandémoslas a tomar el fresco y olvidemos hasta el santo de su nombre.

—En efecto, creo que el mayor castigo es el desprecio. Que les vayan dando por ahí lecciones como ésta y ya escarmentarán y serán más comedidas. Por mi parte, si te he visto no me acuerdo : la del humo. Ancha es Castilla y mujeres no nos faltarán.

—¡A la carga!

Alfredo acercóse a despedirse de sus amigos.

—Adiós, hombre. Y sigue con los mismos propósitos ; hay cosas que no resultan, verdaderamente.

—Eso digo yo.

—Y recuerdos a la jamona y mándanos por aquí al marido.

—¡Pero si no le conozco yo!

—Si digo el jamón, el marido de la jamona.

—Calla, que no se enteren de la gracia, porque te la menearían.

—Te advierto, Valentín — exclamó Juanito riéndose maliciosamente — que Alfredo ha hecho una conquista en la calle de...

—¿Eh?—dijo asombrado Valentín.

—Sí ; una jamona... ya puedes figurarte... la madre...

—¡Canastos! ¡Pues aquí sí que debe apli-

carse el dicho aquel de que : Tres eran, tres, las hijas de Elena...

—O lo que dijo Cervantes : P... la madre, p... la hija y p... la manta que las cobija.

—En fin, la jornada ha sido de prueba y creo que ya es hora de retirarse a descansar.

Marcháronse juntos los tres amigos. Ya en la calle tuvieron que ir sorteando los obstáculos que se encontraban en su camino, en forma de mujeres de todas clases y gustos, que ofrecían su cuerpo incondicionalmente a cambio de unas miserables monedas.

—¿ Vamos, moreno ?—decía una.

—¿ Quieres un masaje ?—ofrecía otra.

—¿ Un masaje ? — interrogó Alfredo con curiosidad.

—Ten cuidado, Alfredo—observó Juanito—, que es algo parecido, aunque en forma contraria, al hociqueo. Aquí acciona la mano de ella.

—¡ Ah, vamos ! Ya sé lo que es ! ¡ Como lo decía con tantos rodeos... !

—Ya sabes que hay masajes de abrigo, como ellas suelen decir ; con toda la ropa.

—Bueno, bueno ; desde luego aseguro que tampoco me resulta.

—¡ Hola ! ¿ Te has sometido también a la operación ?

—Hay que probarlo todo ; lo bueno y lo malo ; así es como se distingue mejor lo primero.

—Eres un verdadero hombre de mundo ; eres nuestro digno compañero de armas y fatigas.

Y se retiraron a sus respectivos domicilios.

## CAPITULO X

### COSAS QUE PASAN

Estaba Valentín dándose la última pasada de cepillo para lanzarse a la calle, cuando llamaron a la puerta de su cuarto.

—Adelante—dijo.

Penetró en la estancia un «botones», uno de esos muchachos recaderos de ciertas agencias y le entregó una carta.

—Espero contestación—dijo.

Valentín rompió el sobre y quedó sorprendido ; la misiva era de Merceditas.

—¡ Caracoles !—pensó el joven—. Al fin ha respirado la muy taimada. Veamos cómo se explica esta buena mujer.

Mercedes alegaba para justificar su tardanza una ligera indisposición ; había estado en un período algo delicado para toda mujer y repetía que le quería con toda su alma y que no podía vivir sin él.

«Búscame pasado mañana en el mismo cine y te brindo un rato de placer que te agradará. No faltes, amor mío.»

—Conque no falte, ¿ eh ?—se dijo Valentín—. Pues ya puedes esperarme sentada. No se juega así con un hombre como yo... ni se le engaña tan miserablemente, ¡ so golfa !

Luego añadió, recapacitando un poco y recordando su primera entrevista :

—Y el caso es que como buena mujer... no tiene comparación. Especialmente el escaparate... y aquellos muslos tan duros... tan blancos y el... ¡Tantarantán... !

¡Había que ir, qué demonios ! Se imponía una segundo sesión, tan deliciosa como la primera... y después a escupir a la calle... Después, para Tarugo, como dicen en la popular zarzuela.

Y ya se disponía a contestar aceptando la invitación, cuando de pronto se dió un golpe en la frente y lanzó una interjección un tanto grosera.

—¡ Pero si no puedo ir ! Si estoy citado a la misma hora con su hermana...

Entonces pensó en Encarnación y se la representó tan hermosa y sensual como era ella... Y aquella pechera... y aquellos muslos y...

Nada, decididamente había que darle una lección a la casquivana Merceditas. ¿Le había suplantado por otro? Pues el desprecio más absoluto. Desde luego no iría, no.

Y cogiendo la pluma escribió cuatro letras haciéndose el ofendido y rehusando la cita que se le ofrecía.

—¡ Así aprenderá a tratar a ciertos hombres !

Sacó unas monedas y junto con la respuesta se las entregó al «botones», diciéndole :

—Ahí tienes.

Retiróse el chico, y Valentín, perfectamente acicalado, se lanzó a la calle, satisfecho del acto que acababa de realizar contra aquella ingrata.

El joven era duro e inexorable, como se ha visto.

Por la noche encontróse a Juanito Mejía.

—Hombre, me alegro verte. Tengo que contarte... Te digo que hay mujeres...



—Ya sé a quién te refieres. A Encarnación.

—No, a Mercedes ; a nuestra novia común. Me ha escrito.

—¡ Qué sinvergüenza !

—Verás. Me dice que ha estado enferma y que me espera con los brazos abiertos.

—¡ Pues aprovéchate !

—¿ Por quién me tomas?—exclamó Valentín con un desplante de cómica dignidad.

—La he despreciado—agregó—con un rasgo soberano de mi pluma. «No te acuerdes más del santo de mi nombre, so pendón», la he dicho con el mismo que me trajo la carta.

—Ahora te reconozco y te felicito.

Y se despidieron alegremente.

Valentín esperaba con ansiedad el día de la cita con Encarnación, y a la hora señalada empezó a pasear por la Rambla.

¿Se acordaría ella?

Sí, se acordaba, porque a poco la vió llegar, tan gentil y arrogante como de costumbre.

Cambiaron una mirada de inteligencia y uno detrás de otro se perdieron del amplio paseo.

Llegaron a la casa.

Ya dentro se abrazaron ansiosos, hambrientos de caricias, besándose con deleite, mordiéndose, materialmente.

Pasados los primeros transportes de cariño, hablaron, sentada ella sobre las rodillas del joven.

—¡ Ay, cuántas ganas tenía... ! No podía contenerme—decía ella—. ¿Y tú, has pensado mucho en mí, amor mío?

—¡ Más de lo que te figuras !—exclamó Va-

lentín—. Por ti despreciaría a la mujer más hermosa del mundo.

—¡ Zalamero !

—Puedes creerlo, porque la he despreciado ya, para que te pongas moños.

—Pero hay que andar con cautela, ¿ sabes ? Mi marido ha regresado hoy, y aunque volverá tarde, a lo mejor puede sospechar algo, y sería un compromiso.

—¡ Ya me está cargando eso del marido, porque en último caso sólo es tu marido, y yo soy más : tu amante, tu vida, tu corazón !

—Sí, si ; eres todo para mí, como yo soy toda para ti.

Y se repitieron los transportes de cariño, pero esta vez más expresivos.

—No grites mucho—dijo ella—, porque no estamos solos.

—¿ Cómo ? ¿ Hay algún tío hoy también ?

—No seas malicioso. Es mi madre, que se halla en su cuarto con un jaquecazo horrible.

—¡ Pobre señora ! Buen rato le espera.

—Ya sabes el refrán : hoy por ti, mañana por mí.

—Será por ella.

—¡ Calla, perjuro ; mala lengua !

—Pues no la tengo muy mala ; tú ya la has probado más de una vez.

—¡ Te haré enmudecer !

Y uniendo su boca a la suya, lo derribó, juguetona, sobre la cama.

Entre espasmos de placer y suspiros entrecortados, los jóvenes creyeron oir que se abría la puerta de entrada.

—¡ Eh ! ¿ Será tu marido ?



—Imposible ; no tiene llave. Espérate ; voy a enterarme. Debe ser mi hermana.

—¿ También acompañada ?

—No lo creo. Su amante la ha dejado plantada. Le ha escrito una carta...

—Ya lo sé.

—¡ Cómo !

—Digo... que ya sé cómo las gastan todos esos jovencitos que se las echan de guapos. Aprende, para no dejarte seducir.

Encarnación se asomó rápidamente y vió a su hermana.

Tranquilizóse y continuaron la sesión amatoria.

—Ya te lo dije : era ella.

—¿ Pero sola ?

—¡ Figúrate !

Pero estaba de Dios que la fiesta había de ser muy accidentada, porque a poco llamaron estrepitosamente.

—¡ Cielos ! — exclamó la joven—. Ahora es cuando me parece que llega.

—¿ Y qué hacemos ?

De puntillas acercóse a la puerta Encarnación, abrió discretamente la mirilla y reconoció, en efecto, a su marido.

—Volvió al cuarto rápidamente.

—¡ Vístete como puedas, o recoge toda tu ropa... !

—¡ Cuerno ! — exclamó Valentín, saltando precipitadamente de la cama—. ¡ Ahora sí que la hemos hecho buena... !

—Anda, hombre, sígueme.

Y empujándole nerviosa y a medio vestir lo introdujo sigilosamente en la alcoba de su her-

mana y se dirigió a abrir la puerta, aparentando la mayor tranquilidad.

—¿Estabas acostada?—le preguntó su marido, entrando.

—No estoy buena... ¿sabes? Un enfriamiento...

—Pues nada, a la camita, hija mía—le dijo el otro con fingido mimo, porque conocía el paño.

Además, era un vivales. Se divertía cuanto podía a costa de la familia y se amoldaba filosóficamente a la situación.

—Mi mujer—se decía muchas veces—se las apaña con cualquiera. Pues yo haré lo mismo, y en paz.

Malas lenguas aseguraban que conocía muy a fondo el sitio por donde había visto su esposa la luz primera, y otras lenguas por el estilo afirmaban que también había sondeado más de una vez a su cuñadita Mercedes.

¡Un encanto de familia, caballeros!

—¡A la camita, niña!—repetía—. Caliéntamela, mientras yo escribo unas cartas en el comedor.

Ella vió el cielo abierto, porque mientras pondría en orden la habitación y arreglaría la cama, que conservaba huellas delatoras del paso de Valentín por ella.

Se retiró precipitadamente y al entrar en la alcoba advirtió, asustada, que se habían quedado allí el sombrero y las botas de su amante.

¡Vaya un compromiso! ¿Dónde ocultar aquellas prendas delatoras?

Porque la huída de Valentín ya la tenía prevista y arreglada. Cuando estuviese dormido su esposo le abriría sigilosamente la puerta. Mientras tanto podría pasar el tiempo bastante entretenido haciéndole fiestas a su hermana, que no tardaría mucho en dejarse querer. La conocía demasiado.

## CAPITULO XI

### FINALIZA EL ANTERIOR

Volvió a restablecerse la calma; pero una tranquilidad aparente, porque la tempestad rugía dentro y pronto estallaría en la superficie.

El marido abrigaba las intenciones de Caín. La escritura de las cartas era un pretexto para ganar tiempo y luego penetrar en el cuarto de Mercedes y solazarse con ella un rato.

Pero volvamos a Valentín.

Al entrar en la alcoba de su ex novia, se quedó un momento en observación, sin alentar ni avanzar un paso. La obscuridad era completa.

Oyó toda la conversación de los esposos y esperó confiado en los recursos de Encarnación para poder salir de aquel atolladero.

Cuando ella se retiró, avanzó un paso más en las tinieblas y llegó hasta el lecho donde reposaba Merceditas.

Dormía tranquilamente: su respiración fatigosa indicaba cansancio. Adelantó una mano y tocó una pierna...

Acordóse de las bellas formas de la joven, se avivó su apetito carnal y consideró que era un tonto si desperdiciaba aquella ocasión.

Claro que ella despertaría asustada ante su inesperada presentación, pero un beso y una frase a tiempo borrarían rencillas y firmarían



las paces en aquel lecho de sus pasados amores.

¡Y venga meneo!

Por su parte el marido emborronó dos o tres hojas de papel y considerando que estaría casi dormida su mujer, se levantó cautelosamente, dejó la luz encendida para no despertar sospechas y a paso de lobo se encaminó al cuarto de su cuñada, con la seguridad de satisfacer su ardiente deseo.

Llegaba a la puerta, cuando Valentín, por su parte, resuelto a realizar su proyecto, levantaba la sábana para tantear el apetecido cuerpo de la joven durmiente.

Pero, ¡oh sorpresa de las sorpresas! Sus manos tocaron una cosa dura, que por su forma no podía pertenecer a ninguna mujer.

—¿Qué es esto?—pensó, irritado.

Ya lo sabía bien, pero no pudo evitar la pregunta.

Allí había un hombre... un hombre que no era él.

Y levantó el puño para descargarlo sobre la cabeza del intruso.

En aquel preciso momento hizo irrupción en la alcoba el marido de Encarnación, y sin encomendarse a nadie se arrojó sobre la cama, derribando al mismo tiempo a Valentín.

Se oyeron varios juramentos de hombres y un grito de mujer.

—¡Auxilio! ¡Ladrones! ¡Luz!

Levantóse sobresaltada Encarnación y acudió presurosa con una luz al cuarto de su hermana.

El cuadro que se presentó a su vista la dejó estupefacta.

El individuo que estaba en la cama, Juanito Mejía—pásmense ustedes—se levantó y se ves-

tía apresuradamente. Merceditas cubría sus desnudeces y Valentín y el esposo de Encarnación se miraban asombrados.

—¡Falso!

—¡Mal amigo!

—¡Esposo indigno!

Aquello era una torre de Babel, sobresaliendo entre todas la voz de Encarnación, que gritaba:

—¡Sea usted honrada para esto! Desde hoy te juro...

—Pero si yo es que... creí oir ruido en el cuarto de tu hermana.

Esta lloraba, limpiándose las lágrimas con el faldón de la camisa, y era tanto su emoción, que no advertía que dejaba al descubierto partes apetecibles, aunque harto trabajadas, de su lindo cuerpecito.

Para agravar más la situación, llamaron de nuevo a la puerta.

—¡Mi padre!—exclamó la casadita—. Ahora lo sabrá todo, porque yo se lo contaré. ¡No quiero vivir más con este hombre!

Era, en efecto, el cabeza de familia. El pobre hombre quedó estupefacto ante aquel espectáculo tan poco edificante.

En breves palabras se le puso al corriente de todo y estuvo a punto de extrangular a Merceditas y pegarle dos patadas al marido de su otra hija.

Este, avergonzado, se retiró a su habitación y al punto salió con el sombrero y las botas de Valentín.

—¿Y esto, qué es? — exclamó, triunfante, blandiendo orgulloso aquel trofeo de su deshonra.



—Mi sombrero y mis botas, caballero.

Y Valentín se apoderó tranquilamente de dichas prendas.

—¡A la calle, a la calle!—gritó indignado el padre—. Y den ustedes gracias a...

—Es que yo...—empezó a decir Juanito Mejía.

—¡Basta de escándalos, repito! ¡Qué dirá la gente si se entera de lo ocurrido!

—Pero, papá...

—¡Silencio! ¿No sabéis que está vuestra madre enferma y que la vais a poner peor con tales voces? ¡Que no lo sepa esa buena mujer! Seguramente estará descansando sin sospechar...

El padre empujó suavemente la puerta para contemplar el casto sueño de su amada esposa.

—¡Eh! ¿Qué es esto?—gritó, aterrado.

Del lecho saltó rápidamente un hombre asustado y casi en cueros.

Al verle Valentín exclamó:

—¡Alfredo!

—¿Pero, qué casa es esta?—dijo indignado el papá.

—Usted lo sabrá.

—¡Hasta mi mujer!

—¿No decías que no te resultaba?—le preguntó Mejía a Alfredo con aire socarrón.

—Y lo repito; hemos cambiado de palo.

Cuando se marcharon los intrusos interrogó el marido a su suegro:

—¿Qué le ha parecido a usted la broma?

—Ya ves—replicó éste, algo más tranquilo—. ¡Son cosas que pasan...!

BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

# Colección Inocente

## TÍTULOS PUBLICADOS

### De 0,10 ptas.

**PRIMERA SERIE**

.—Las angustias de un marido
II.—Una niña difícil
III.—La frialdad de Felisa
IV.—La lección de amor
V.—El cangrejo de Pepita
VI.—Aventuras de una masajista
VII.—Bautismo de amor

**SEGUNDA SERIE**

I.—El viejo y la niña
II.—Mujeres solas
III.—Flauta y tambor
IV.—El hijo artificial
V.—Los predestinados
VI.—Un marido complaciente
VII.—Una juerga movidita

**TERCERA SERIE**

I.—El recomendado
II.—De buena boca
III.—Luna de miel
IV.—De institutriz a cortesana
V.—Inconvenientes del amor
VI.—Mi vecinita y yo
VII.—Posadas y posaderas

### De 0,20 ptas.

I.—La insaciable
II.—La niña precoz
III.—Juegos peligrosos
IV.—Donde las dan las toman
V.—La iniciadora

---

EN PRENSA: **Consecuencias naturales**

---

Los pedidos a **EDITORIAL H.**—BARCELONA

Imprenta Mercantil.—Barcelona